

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

A. VIZUETE



LA IRRESISTIBLE LULÚ
POR LOÏS WILSON, MILTON SILLS.

N.º 37

ETC.

30 cts.

*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Publicación semanal de asuntos de películas.

*Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona*

Año I

Núm. 37

La irresistible Lulú

*Preciosa comedia, interpretada por la gen-
til LOIS WILSON, el popular MILTON
SILLS y el coloso THEODORE ROBERTS*



Producción «Paramount»

PROGRAMA AJURIA



Exclusiva de SELECCINE S. A.



La irresistible Lulú

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA DE DICHO TÍTULO

Las penas y los dolores más tristes del mundo, precisamente porque son los más frecuentes con ser los más ignorados, son los que experimenta un alma buena y sencilla que se siente aprisionada por las garras de una tiranía vulgar. Este caso suele darse en muchos hogares, en los cuales los lazos de la familia, que pudieran serlo de amor, se han convertido en cadenas de esclavitud.

Para averiguar la clase de familia que vive en una casa, basta a veces con echar una mirada al comedor.

El de la familia Deacon acusaba dejadez por parte de todos los miembros. No había gusto en nada. Consecuencia de que nadie se encontraba a gusto en la casa.

El miembro más joven, Monona, acostumbraba probar los entremeses antes de la hora de comer. Nadie se molestaba en vigilarla, y la niña repetía la operación cada día dos veces.

Monona era la primera en llegar al comedor, y se escabulía en cuanto su padre o alguien se presentaba en él, sin ser vista.

Un buen día, el dueño de la casa, dentista y juez de paz, el señor Teodoro Deacon, llegó al comedor el primero... después de Monona, que ya se había

marchado otra vez, para regresar como una santiita después de haber masticado el hurto.

No viendo a nadie a la mesa, consultó su reloj. Las seis marcaban sus agujas. A las seis en punto todos debían estar sentados alrededor de la mesa, para cenar. ¿Cómo no estaban aquel día? Lo curioso era que en el reloj del comedor eran las seis menos diez minutos. "Si lo habrán hecho adrede?"—pensó el señor Teodoro. Y adelantó las saetas hasta las seis en punto.

Ina Bett, la esposa del juez de paz, llegó la segunda, después de Monona, a la que ya no le vamos a dar turno para entrar y salir, porque ya sabemos de qué pie cojea.

La señora de la casa se extrañó de encontrar sentado a la mesa a su marido, y en su semblante leyó que tenía la intención de echarle un sermón. "Esta vez, tendrá razón"—se dijo ella, mirando el reloj de pared que indicaba las seis y minutos. Pero, por si con ello impedía el tal sermón, Ina se disculpó humildemente:

—Te he hecho esperar mucho?—preguntó a su esposo.

Don Teodoro, mordaz, respondióle:

—En los veinte años que llevamos de casados, ya debiera haberme acostumbrado a esperar.

—Fué una distracción. No te pongas así, Teodoro.

A poco presentóse la viuda de Bett, suegra de don Teodoro, a la cual el yerno "toleraba" que viviese en su casa.

Como ya llevaba diez minutos de espera el juez, y era un enemigo de la paciencia, la suegra pagó los platos rotos.

—Tan ocupada está la reina de esta casa, que no puede estar en el comedor a la hora de cenar?

La distinguida mamá política se resintió de la carada, y muy soberbia, como quien desprecia el trato de la gente ordinaria, se fué hacia la cocina.

Ina, disgustada, pues se trataba de su madre, dijo a don Teodoro:

—¡Ya volvemos a lo de siempre! ¿Por qué le gastas esas bromas a mamá?

—Dime por qué no estaba aquí a las seis... y luego te contestaré. Lo que le pasa a tu madre es que se cree en la torre; ¡y eso no!

Faltaba otra boca en la mesa, que aun no estaba en casa. Era Diana, la hija mayor del matrimonio, romántica y modernista, que no pensaba más que



Y adelantó las saetas hasta las seis en punto.

en casarse cuanto antes, para poder dejar su casa y su familia que le parecían adocenadas y vulgares. Y sólo porque no pertenecía a su familia, a Diana le parecía que Bobby Larkin, un muchacho del lugar, estaba rodeado de cierta aureola fascinadora.

—¡Qué feliz me sentí el día que esté lejos de todo esto! —exclamó momentos antes de decidirse a separarse de su novio, para entrar en su casa.

Diana, extrañada de que su padre y su madre estuvieran ya en el comedor, esperándola, miró el reloj de pared, y no le parecía posible que fuera la hora que señalaba.

Don Teodoro, con mucha severidad, le mostró su reloj de bolsillo, como amenazándola con castigarla si se retrasaba otro día.



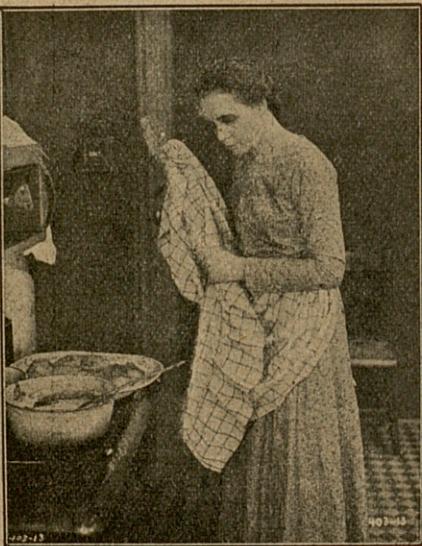
Don Teodoro, con mucha severidad, le mostró su reloj de bolsillo, como amenazándola con castigarla.

Ya conocemos a todos los miembros "superiores" de la casa. Todos ellos eran, como se habrá deducido de su carácter, muy originales en su género. Pero ahora vamos a conocer a otro miembro, el más importante de todos y a la par el último.

No le habíamos visto aún, porque se hallaba en la cocina cuando uno por uno los demás se iban

sentando tranquilamente a la mesa. Se trataba de Lulú Bett, hermana de Ina. La bestia de carga de la familia. Su alma tímida no había intentado jamás romper las cadenas de la esclavitud a que la tenía sometida la tiranía de su cuñado.

La suegra, madre de Ina y de Lulú, entró en la cocina, y por si aun no estuviera bastante mareada



La bestia de carga de la familia.

Lulú con temor a aprisa la comida, se lamentó ante el juez de los malos tratos que le daba el juez, y dijo, indignada:

—¡No quiero deberle la comida a ese hombre!... ¡No volveré a probar bocado en esta casa! ¡Prefiero pedir limosna!

Lulú procuró consolar a su madre, pero la vieja, que era de esas viejas suegras tan frescas como una foca polar, se mantuvo firme en sus trece. Sin embargo, Lulú insistió para que comiera, reservándole, antes de llevar la comida a la mesa, una parte. La suegra se negó a aceptar, pero cuando Lulú se marchó hacia el comedor, partióse pan... y comió sin ser vista, para poder decir luego, como una pobre mártir, que no había probado nada.

Cuando Lulú llegó a presencia del juez, éste le reprochó la tardanza en tener preparada la cena.

—En esta casa reina el desbarajuste. ¿A qué hora se cena, señora cocinera?

—Pues... a las seis, Teodoro...

—¡Eso, a las seis! ¿Y qué hora es hoy?

Lulú miró el reloj y no supo qué decir, tal era su sorpresa.

Temblorosa, Lulú hizo los platos, y de súbito oyeron las sirenas de una fábrica.

—¿No oyes, cuñado? Eso indica, como todos los días, que son las seis... Ya me parecía a mí que el reloj estaba adelantado.

Monona y Diana tuvieron muchas ganas de reír, pero Ina se apresuró a advertirles, discretamente, que se abstuyieran de hacerlo.

Don Teodoro, aunque interíormente comprendiese tal vez que había metido la pata, no quiso reconocerlo, sino, al contrario, llegó hasta mostrarse duro con el propietario de la fábrica de referencia, pues dijo así:

—No son las seis, no. Es que tocan siempre con retraso, para robarles unos minutos a los trabajadores...

Lulú no osó protestar, y en acabando de servir a sus familiares, el juez se apercibió de que su hijita no quería comer lo que le habían puesto en el plato, porque no le gustaba.

—¿Qué es eso? ¿Monona no quiere comer? —inquirió el juez.

—Estos días no se encuentra muy bien, la po-

bre... y tiene sus caprichos a la hora de comer. Déjala, Teodoro. Le haremos otra cosa.

—Le haremos, quería decir que Lulú se encargaría de hacer lo que fuere.

En efecto, a continuación de aquella frase, Ina dijo a su hermana:



...pero cuando Lulú se marchó hacia el comedor, partióse pan...

—Lulú, ¿no podrías prepararle a Monona algo que le guste?

Lulú no dijo que no, y muy cariñosa preguntó a su sobrinita lo que quería.

—Sopas de leche—dijo Monona.

—Te las traigo al momento.

Y Lulú iba a volver a la cocina, cuando su hermana la detuvo de nuevo para decirle:

—Date prisa, Lulú, que vamos a ir al cine.

La infeliz muchacha entristeció ante esta nueva muestra de la indiferencia de sus familiares, y reservándose para sí su dolor, reintegróse a su pesada y nunca agradable obligación.

Su madre, en lugar de consolarla con buenas palabras, se entretenía en criticar al yerno... pero no se quedaba sin comer, aunque, a veces, tuviera que disminuir la parte que le correspondía a la propia Lulú.

Monona comió en seguida las sopas de leche, y, al fin, hartos todos, pudo Lulú sentarse a la mesa a cenar, haciéndolo sola. Y era natural que la cena de Lulú estuviera siempre fría, incomible.

Don Teodoro parecía uno de esos capataces que no se cansan de cepillar a los contratistas, revestando a los obreros, con la sola diferencia de que él era a la vez las dos cosas: amo y encargado. Nunca dejaba de inspeccionar todos los rincones de su casa, cual si se complaciera en encontrar en alguno de ellos algo que no estuviera bien. Así quiso la mala fortuna que don Teodoro viese aquel día una maceta con flores, cuya procedencia preguntó a su esposa.

Ina respondió que era de Lulú, oyéndolo ésta, que en aquel momento sacaba la mesa.

Don Teodoro, mordisqueando su puro, gruñó:

—Pero Lulú tiene algún pretendiente?... ¡Es lo único que nos faltaba saber!

Lulú acercóse a su hermana y a su cuñado, y dijo casi avergonzada:

—No me pidieron más que unos centavos por ella... ¡y me pareció tan bonita!

Don Teodoro, que no podía consentir que se gastase en lo que a él no le parecía bien, prosiguió:

—Y pensar que yo te doy casa y comida, porque no tienes dinero ni para las más imprescindibles necesidades!

Ina aconsejaba a su marido que no se enfadase,

pues se perjudicaba, y Lulú, humillada, volvió a la cocina, donde, rompiendo a llorar, manifestó ante su madre, necesitada del consuelo de ella:

—Ya sé que no soy capaz de enamorar a nadie, que no tengo ni tendré jamás un pretendiente; pero ya estoy harta de ver a Teodoro meterse en todos mis asuntos.

La vieja, más interesada que un usurero, pronunció algunas palabras de piedad para sí misma, y terminó diciendo a Lulú, como el mejor consejo que podía darle para que olvidase sus penas:

—Pero aquí tienes casa, ¿no es eso?

En resumen: el juicio de todos acerca de Lulú era el de que no hacía el menor esfuerzo por el que tuvieran que darle las gracias, cuando, en realidad, un perro hubiera sido mejor considerado que ella en aquel lugar tan dividido.

* * *

Conforme lo indicara Ina a Lulú, la familia se fué al cine, uniéndose al grupo la suegra, que no tenía un pelo de tonta, y quedó sola en la casa la criada: Lulú, cuyo trabajo terminaba siempre después de dejar preparado el del día siguiente, o sea, cuando la mesa para el desayuno estaba lista.

Aquella noche, Lulú vió llegar a la casa a Neil Cornish, el maestro de escuela del lugar.

—Buenas noches, señorita Lulú. ¿Se puede pasar?—preguntó el visitante desde el jardín delantero de la vivienda.

—No hay nadie, señor Cornish. Estoy yo sola. El maestro empujó la puerta y entró.

—Pues yo he venido a verla a usted, señorita Lulú. De modo, que con que esté usted me basta—dijo una vez en la casa.

Lulú quitóse el delantal de la cocina, y turbada se aprestó a recibir lo mejor posible al amable maestro.

—Usted dirá, señor Cornish.

—Pues... sencillamente... El comité de la escuela quiere que guise usted la comida el día de la fiesta. ¿Aceptará usted?

Lulú no pensaba que el motivo de la visita del maestro era el de proporcionarle más trabajo en vez de una satisfacción cualquiera. No obstante el mal efecto que le produjo el que se pensara en ella únicamente para agobiárla de responsabilidades, no pudo darle un desaire al maestro, y accedió a comprender al comité de la escuela que lo enviaba a ella.

El maestro agradeció la bondad de Lulú, y le dijo, suplicando que siguiera su consejo:

—No acepte, Lulú. Bastante trabajo tiene usted aquí.

—Es igual, señor Cornish. Yo siempre estoy contenta.

—Pero no es justo que trabaje usted de ese modo... y que, además, todos la consideren tan poco. No acepte. ¿Lo hará, por mí, que se lo pido por favor?

—No sabré rechazar...

—Yo me encargaré de que nadie se atreva a insistir. De modo, que usted no irá, ¿no es eso?

—Bueno... No iré.

Marchóse el maestro, meditando acerca de lo mucho que merecía Lulú y lamentándose de lo poco que todos la querían, y Lulú, por su parte, agra-

dicea intimamente el interés que él demostraba por ella.

Un poco más tarde, cuando Lulú se disponía a acostarse, habiendo ya soltado sus antes apretados cabellos, que ahora descansaban sobre su espalda copiosamente bellos, llamaron a la puerta de la casa, y apareció ante ella un desconocido con unas maletas en las manos.

Era Jorge Deacon, hermano de don Teodoro, un individuo a quien los lazos de familia no pudieron atarlo jamás.

Lulú, sorprendida — no le conocía —, preguntó quién era y lo que quería a aquella hora.

—Soy el hermano de Teodoro — dijo Jorge sonriendo siempre para demostrar que estaba satisfecho de la vida.

—¡Ah! ;Usted es hermano de Teodoro? ;Si Teodoro creía que usted no había de volver más!

—Acabo de llegar de la América del Sur. Hace veinte años que no he visto a nadie de la familia, y quiero darles una sorpresa a todos. Después de recorrer las cinco partes del mundo, le digo a usted que no hay lugar donde se esté mejor que en casa.

—Se habrá usted cansado mucho, ¿verdad?

—Los viajes son mi elemento. Yo soy amante de lo ignoto. ;Hay que ver lo gordo que he regresado a mi patria! Pero a todo esto, ¿usted quién es, la criada?

—Soy Lulú Bett... La hermana de Ina... de la esposa de Teodoro.

—Me alegro, chica. Perdona si te confundi con una doméstica. No es que ló parezcas, ni mucho menos, ¿sabes?

—No tiene importancia... Es que estoy sola en casa... y me iba a la cama. Los demás están en el cine. No tardarán en volver. Voy a arreglarme un poco para esperarles con usted. Vuelvo en seguida.

Tan precipitadamente quería sustraerse Lulú a las miradas de Jorge, que no daba pie con bola en

las escaleras que conducían a las habitaciones particulares.

—¿Eres soltera, o casada? — preguntó Jorge, impiéndole subir.

—Soltera...

—¡Ah! Soltera...

—Por aclamación — añadió Lulú riéndose —. Y usted, ¿es casado, o soltero?

Jorge se atusó los bigotes, y replicó picarescamente:

—¿Yo? Con la vida errante que llevo, ¿qué quieras que sea, chiquilla?

—Ya, ya... Bueno, ya bajo en seguida.

Con la prisa de subir a arreglarse un poco, Lulú abandonó una de sus zapatillas de paño, cuyo estadio reclamaba otro par, y dijole Jorge, compiendo la zapatilla y el pie:

—Me parece muy grande para ese piececito...

El rubor encendió el semblante de Lulú, que, al fin, desapareció, siguiéndola Jorge con la mirada.

—Qué inocentona es la chiquilla. Y no está mal — se dijo él.

Don Teodoro y toda la familia tuvieron mucho gusto en instalar a Jorge en la casa, y unos días después, el viajero fué presentado a los vecinos, en casa del primero, obsequiándoles con buen vino y pastas secas.

Jorge tomó la palabra y no parecía dispuesto a cederla a nadie. Y habló, habló, hasta marear al maestro, que hubiera deseado conversar él solo con otra personita menos fatua que el orador.

Jorge explicaba tantas y tantas cosas referentes a sus viajes, que todos se admiraban de ellas, considerando al Tartarín que las contaba como un ser extraordinario.

—Sí, señor; he viajado por todo el mundo. El viajar es la escuela que más enseña al que sabe aprovecharse de sus lecciones — iba diciendo Jorge, dispuesto a hablar hasta el día siguiente.

Y el maestro pensó que una de las cosas que el

conferenciente no había aprendido todavía, era el saber ser modesto, y como Jorge iba a reanudar la serie de cuentos, se dirigió a don Teodoro y se interesó por Lulú, que era a quien andaba buscando desde que comenzó la reunión.

—¿Dónde está su cuñada, que no la veo?

—¿Dónde quiere usted que esté? En su sitio: en la cocina.

Jorge echó entonces de menos a Lulú, y para hacerse simpático a los ojos de ella como ella lo era a los suyos, la fué a buscar.

—Te he estado esperando hasta ahora en el salón, Lulú.

—A mí?

—Hablando, hablando, se me olvidó que tú no estabas con nosotros.

—Tengo mucho trabajo aquí.

—Siempre tienes trabajo, ya lo veo. Pero me parece que te tratan como a una esclava. ¿Por qué no vienes con los demás de la familia?

—Yo?

—Sí, chiquilla... Ven... Todos se alegrarán de verte allí.

—Es usted muy bueno, Jorge.

—Trátame de tú, como yo. ¿No somos acaso familia?

—He probado varias veces... pero...

—Anda, quitate el delantal, y vamos allá.

—No dirá nada, Teodoro?

—Pero si él también quiere verte!

—Será la primera vez.

—No sales nunca de casa?

—No, nunca. No puedo.

—Pues mira; voy a dar una espléndida comida de familia en el hotel de la vecina ciudad para celebrar mi regreso, y tú asistirás a ella.

—De veras?

—¡Palabra!

—Hace muchos años que no he comido una cosa que no la haya guisado yo.

—Ahora, vamos al salón. Agárrate a mi brazo. Así. Ya verás la impresión que causamos.

Lulú, sonriendo candorosamente, dió el brazo a Jorge, y con él se presentó a su familia y a los invitados, celebrándose su aparición con algunos aplausos, unas sonrisas sinceras del maestro de escuela, y este requiebro de don Teodoro:



—Te he estado esperando hasta ahora en el salón, Lulú.

—¡Vaya, vaya! ¿Conque ha sido la irresistible Lulú la que ha cautivado a nuestro incorregible viajero, eh?

La frase fué coronada con risitas.

Pero Cornish cuidó de que Lulú estuviera contenta en la reunión, no apartándose de su lado.

Jorge volvió a contar sus aventuras, y mostrando a todos un dije de marfil, refirió su origen:

—Es un colmillo... Sé lo arranqué a un león que maté en un bosque del Brasil.

Y ésta, como todas las demás aseveraciones del viajero, la ponía el maestro de escuela en cuarentena.

* * *

A los pocos días, en el hotel de una ciudad no muy distante del pueblo de nuestra historia, celebróse la comida de familia organizada por Jorge.

Don Teodoro, Ina, Jorge y Lulú ocupaban una mesa. Ninguno de los cuatro tenía ganas de hablar. Aburriéndose, el primero trató de despertar a los demás.

—A ver si se anima algo esto, sino van a decir que hemos venido a un funeral...

—¡No, no, de ningún modo!... Es mejor hacer creer que hemos venido del pueblo a celebrar una boda... Aquí está el anillo...—dijo Jorge.

Y sacando el anillo de un puro, Jorge se lo ofreció a Lulú, diciéndole:

—Yo, Jorge Deacon, te acepto a ti, Lulú, como mi legítima esposa.

Don Teodoro se echó a reír, y dijo, sin reparar en el daño que hacían sus bromas:

—Lulú no se atreve a decir que “sí” ni en broma. Por eso ha rechazado siempre a los numerosos pretendientes que se le han presentado.

Pero Lulú, siguiendo la farsa, aceptó el anillo, y dijo, a su vez:

—Yo, Lulú Bett, te acepto a ti, Jorge, como mi legítimo esposo.

—¿De veras?—preguntó Jorge ilusionado.

Lulú y su hermana sonreían, pero don Teodoro, súbitamente, cambió de color:

—¡Caramba, que nos hemos olvidado de que yo soy juez de paz! ¡No vaya a resultar que estáis efectivamente casados!

—¿Qué dices, Teodoro?—preguntó Ina.

—El matrimonio civil celebrado ante mí, es perfectamente legal según las leyes de este estado.

—Pero eso será cuando las cosas se hacen en serio, y aquí sólo se trataba de una broma—dijo Lulú, asustada.

—Voy a llamar por teléfono al juzgado del pueblo. Mi secretario nos sacará de dudas—añadió don Teodoro, levantándose e yendo al teléfono para comunicarse con su secretario.

Ina, alarmada, le siguió, y entonces Jorge, tomando una mano de Lulú, la acarició, y dijo:

—¿Por qué no hacer en serio lo que ha empezado por una broma, Lulú?

Lulú, asombrada, no sabía qué contestar. Al fin, dióse ánimo.

—¿Me lo dices de veras, Jorge?

—Sí, Lulú. Me gustas mucho, y te quiero. ¿Acceptas?

—Yo, Jorge... si tú mequieres...

Don Teodoro regresó, y repitió a los novios lo que acababa de decirle el secretario:

—Todo depende de vuestra intención. Si vosotros

lo habéis hecho en serio, el matrimonio civil que aquí se ha celebrado es legal.

Entonces Jorge, comprendiendo o no que su hermano estaba continuando la broma empezada, respondió:

—Mira, Teodoro, nosotros lo hemos hecho en broma, pero queremos hacerlo en serio... Lo mejor será que nos quedemos todos unos días en esta ciudad para preparar las cosas, porque yo quisiera casarme aquí... Hoy mismo iremos a la iglesia a ha-



—Sí, Lulú. Me gustas mucho, y te quiero. ¿Acceptas?

blar de nuestra boda, y veremos qué día podemos celebrarla; ¿no te parece, Lulú?

Don Teodoro tuvo que apoyarse en su mujer y en la mesa para no caerse de espaldas al oír a su hermano, y a Ina se le soltaron las lágrimas.

Y al cabo de poco tiempo, porque Jorge activó

cuanto pudo los preparativos, celebróse el matrimonio con toda solemnidad. Y después del banquete, que tuvo lugar en el mismo hotel de la ciudad, y cuando todos los parientes e invitados se hubieron marchado al pueblo, los recién casados se prepararon para emprender su viaje de novios.

Lulú fué la primera en ir a poner orden en sus cosas y Jorge llegó a su cuarto después.

—¿Preparando ya la maleta? —le dijo, al verla tan atareada.

—Sí, Jorge. Todo está a punto. Estoy muy contenta. Estos zapatos son muy monos. Todos los vestidos que me has regalado, me gustan mucho. Has sido tan bueno conmigo, que no tendré más remedio que quererte cada día más.

—Muchas gracias, Lulú. Mi amor por ti tampoco disminuirá nunca, sino, antes, se acrecentará con el tiempo.

—Eres tan amable con las mujeres, Jorge, que es raro que no te hayas casado antes de ahora, en cualquiera de esos países que has recorrido...

Jorge curvó su cabeza hacia su pecho, y recordó...

—¿Qué tienes, Jorge? ¿En qué piensas?

—He de hacerte una confesión, Lulú, porque no mereces que te oculte la verdad.

—¿Qué has de decirme, Jorge?

—Me casé hace quince años.

—¿Te casaste? Me hubiese gustado saberlo antes... pero ¿cuánto tiempo hace que se murió tu primera mujer?

—No lo sé...

—¿Cómo?

—Se marchó de mi lado dos años después de nuestra boda, y no he vuelto a saber nada de ella. Tal vez haya muerto ya.

—¡Oh, Jorge! ¡Entonces... nuestro matrimonio no es válido!

—Tal vez lo sea... ¿Por qué no hacernos la ilusión de que lo es?

—¡No, Jorge! ¡Esto es imposible, y es inaudito que me lo propongas!

—Me ha llevado a ti el amor, Lulú.

—No debías engañarme, Jorge. Ya era antes bastante desdichada con mis miserias, para serlo ahora más con tu mal paso.

—¿Qué vas a hacer, Lulú? ¿A dónde vas a ir?



—No debías engañarme, Jorge. Ya era antes bastante desdichada con mis miserias, para serlo ahora más con tu mal paso.

—A casa.

—¿A tu casa?... No tuve valor de confesarte la verdad, Lulú... Perdóname... Toma... Te alcanzará para el billete del tren.

—No quiero nada.

—Accepta este dinero que te es indispensable. Es tuyo... como todo lo que necesites de mí...

Al mismo tiempo, en casa de don Teodoro, el infierno de antes ardía que se quemaban todos, del primero al último.

Ina se paseaba por el piso con la escobilla de fregar los platos, buscando ayuda, y lamentándose a su marido de tener que trabajar tanto.

La suegra, más lista que todos, se hacía el sueco, echándole siempre las culpas al yerno, que no la consideraba más que como un huésped forzado. Si era huésped, no le tocaba ser criada. ¡Y en paz! Que se las arreglasen todos como quisieran!

Monona martirizaba los oídos de don Teodoro, tocando el piano con los "pies".

En cuanto a Diana, esperaba el momento de entrevistarse de nuevo con su novio.

Don Teodoro se puso con su hija mayor.

—No le pidas a este lirio del valle que ayude a fregar los platos—dijo a Ina—. Podrían humedecerse los polvos.

—Los polvos... y la pintura—añadió Monona pintándose un dedo en la cara de su hermana.

—¿Por qué no me dejan ustedes en paz? ¡Ya estoy harta de todo y de todos!—exclamó Diana nerviosamente.

—¿Eh? ¿Qué dices?—gritó don Teodoro.

La suegra, siempre oportuna para encender la sangre del yerno, intervino en favor de Diana:

—Me parece que no le falta razón para ello.

Y don Teodoro se contuvo por milagro.

Ina seguía sin fregar los platos, no sabiendo por

dónde empezar, y entretanto Diana salió de su casa, y se vio con su novio.

—No puedo soportar esto por más tiempo. Si me amas de veras como me aseguras, quiero que me saques pronto de este infierno—le dijo llorosa.

Bobby procuró consolar a Diana, y por otro lado llegaba Lulú al pueblo, viéndola el primero el maestro de escuela.

—¡Qué sorpresa, Lulú!... ¿Han venido ustedes a dar el último abrazo a la familia antes de emprender el viaje, eh?... ¿Dónde está su marido?

—No; mi marido no ha venido conmigo.

Y tras esta respuesta, Lulú hizo ademán de querer apartarse del maestro.

Este, comprendiendo que algo anormal le había sucedido a Lulú, añadió:

—No, Lulú, no quiero que me diga usted nada que a usted le crezca decir; pero sí le ruego que me considere siempre como un buen amigo.

Lulú ahogó un sollozo, y desapareció hacia su casa.

En el hogar, Ina acababa de decir a don Teodoro:

—Yo sola no voy a poder, Teodoro! Será preciso que busquemos una criada para que me ayude a hacer el trabajo de la casa.

A lo que don Teodoro replicó:

—Me parece que ente tu madre y tú, muy bien podríais hacer lo que Lulú hacia sola.

La aparición de Lulú en tan importante momento, causó asombro a todos.

—Eres tú, Lulú? ¿Y Jorge?

—Jorge se va al Canadá... y yo he tenido que regresar a casa.

—¿Que mi hermano se va al Canadá? ¿Cómo es eso posible? ¿Qué ha ocurrido?

—No he tenido más remedio que dejarlo. Jorge está casado con otra mujer y no está seguro de si vive o ha muerto.

Ina y su madre no pudieron menos de lamentarse de la desgracia de Lu'ú, y don Teodoro gruñó:

—Eso quiere decir que mi hermano ha cometido el delito de bigamia?

—Tal vez...

—Entonces... tú no estás casada!—exclamó Ina. En aquel momento llamaron al teléfono. Don Teodoro se puso al aparato.

Luego:

—Es el director del periódico, que ha visto venir a Lulú, y pide noticias... Le he dicho que ha venido a darnos un abrazo.

—Pero, ¿por qué no le has dicho la verdad?... ¡Tarde o temprano han de saberlo todos!...—dijo Lulú, extrañada.

—Decir que mi hermano es un bígamo? ¡Eso sería la ruina y la deshonra de la familia!

—Es que yo no quiero que la gente se imagine que mi marido me ha arrojado de su lado el mismo día de la boda.

—Es preciso que guardes secreto, pa a que mi nombre no se arrastre por el fango del escándalo.

—Pero, ¡y mi dignidad! ¡No tengo yo derecho a conservarla?

—Serías capaz de decir la verdad y causar la deshonra de todos nosotros? Diana sería la que más sufriría las consecuencias de la deshonra que el delito de su tío arrojaría sobre todos nosotros... ¡Me prometes que guardarás secreto?

Ina insistió cerca de su hermana para que aceptase, y mientras Lulú se resignaba a callar, la escobilla de fregar los platos pasaba sin saber cómo a sus manos.

Anciada su alma en lágrimas, Lulú se vió de nuevo en la cocina, ante un montón enorme de vajilla sucia, acumulada por la pereza de los otros.

Y la suegra, como si por corazón tuviera un mármol, exclamó meciéndose tranquilamente:

—¡Gracias a Dios, por fin podremos volver a tomar una taza de café decente en esta casa!

* * *

Llegó el domingo.

A la salida de la iglesia, a pesar de que el sermón había versado sobre la caridad para con el prójimo y había tenido frases muy duras al condenar el vicio de la murmuración, los vecinos, formando coros, se ocuparon de Lulú más de lo debido.

—Su marido la arrojó de su lado el mismo día de la boda. ¡Por algo sería! ¡Esas mosquitas muerdas dan cada chasco!—decían los unos.

Y los otros:

—Eso de que un hombre abandone a su mujer el mismo día de la boda, no habla muy bien en favor de ella.

El maestro esperó a Lulú, y consiguió que ella aceptara que la acompañase a su casa.

Al llegar a destino, Cornish expresó a Lulú su pena por el indigno comportamiento de la gente con ella, y ganó su confianza. Y Lulú encontró consuelo en decirle toda la verdad.

Cornish compadeció con toda su alma a Lulú, y un rayo de esperanza brilló en el firmamento que le señalaba su dicha...

Don Teodoro y su mujer vieron al maestro en plática con Lulú, y se llenaron de indignación:

—¡Habrás visto! ¡Lulú haciéndole el amor al maestro, y nosotros aquí esperando el almuerzo!—dijo el juez.

A poco, éste fué a interrumpir la conversación de Lulú y el maestro, para que aquella entrase en la casa y les sirviese el almuerzo.

Pero Cornish comprendió la idea del juez, y retuvo consigo a Lulú hasta que le pareció bien, rehusando la intencionada invitación de aquél a quedarse a comer, “toda vez que la hora del almuerzo ya había pasado”, quedando con Lulú en volver por la tarde a visitarla.

Aquella tarde, Diana y Bobby habían decidido fugarse; es decir, Diana había decidido a Bobby a cometer tal locura.

El maestro visitó a Lulú, y no había en la casa más que la suegra, pues el matrimonio se había ido a cenar a casa de unos amigos.

Lulú encontró gusto en lavar los platos... ayudada por Cornish, que, una vez, no pudo resistir la tentación de estrecharla entre sus brazos, cuando ella le dijo, contestando a una pregunta suya, que se había casado con Jorge sin amor, sólo por agradecimiento a sus bondades con ella. Pero Lulú le llamó al orden enseñándole el anillo nupcial que adoraba una de sus manos.

De pronto, la suegra avisó a Lulú que Diana acababa de salir de la casa llevándose su maleta nueva, la que le regalara su marido, y comprendiendo que la muchacha iba a cometer, tal vez, una barbaridad, precipítose, con Cornish, hacia la estación, para evitar su fuga con Bobby, con quien la encontraron, muy poco resuelto el muchacho a arrriesgársela...

Lulú, sermoneó bondadosamente a Diana, sin oposición por parte de Bobby, que acabó por retirarse por el foro sin importarle que su novia le llamase cobarde y le aborreciese al instante, y sus palabras llenas de buen sentido convencieron a la atolondrada joven, a la que, siempre con Cornish, devolvió a su casa, prometiendo antes a Diana que nadie sabría su fuga, pues ella le impuso esta condición para volver a la realidad.

Antes de marcharse de la estación, Lulú rogó al empleado que despachó los billetes a Bobby—que luego éste iría a devolverle para que le reembolsara su importe—, que no dijese a nadie una palabra

acerca de lo que había visto, affirmando aquél que la complacería.

De regreso a su casa, Diana, abandonando su maleta en manos de Lulú, que era la dueña de la misma, subió a sus habitaciones, para cambiarse de ropa.

Cornish y Lulú se despidieron a la puerta del hogar.

—Es mejor que se vaya usted ahora. Quiero hablar con Diana... Pero deseo decirle que ha sido



Lulú rogó al empleado que despachó los billetes a Bobby, que no dijese a nadie una palabra acerca de lo que había visto.

usted sumamente amable connigo.

—Resulta muy fácil ser amable con usted. Si fuese usted libre...

Don Teodoro y su esposa volvían en tan crítico momento, y aquél, viendo a Lulú con el maestro, y a aquélla, además, con una maleta en la mano, pen-

só que intentaban fugarse, y los separó de un modo brutal, tratando a su cuñada como a una cualquiera.

—¿No has deshonrado bastante todavía el nombre de la familia? ¿A dónde ibas con ese hombre?

Cornish, decidido a todo, replicó ceñudo a don Teodoro:

—Lulú no iba a ninguna parte.

—¡Y a usted quién le manda meterse en este asunto! ¡Yo me basto y me sobre para averiguar la verdad de los hechos!

Lulú hizo una seña a Cornish para que se marchase, y el maestro, comprendiendo que debía hacerlo, por ella únicamente, al menos en aquel momento, dejó solos al matrimonio y a Lulú.

Don Teodoro prosiguió luego:

—¿Quieres hacer el favor de explicarme lo que hacías con tu maleta en la mano? Te he dado albergue y comida en mi casa... Después de lo pasado he vuelto a admitirte en ella... ¡Y me pagas de este modo! ¡Eres indigna de vivir bajo el mismo techo de mis hijas!

Diana y Monona escuchaban las imprecaciones que don Teodoro dirigía a la pobre Lulú, sin atreverse, la primera, a declararse culpable de todo.

Anónadada, Lulú, antes que faltar a su promesa de descubrir a su sobrina, contestó:

—Está bien... ¡Me iré!

Pero Ina, recordando súbitamente que Lulú era la cocinera y criada de la casa, dijo a don Teodoro:

—Si Lulú se marcha de casa, quién va a hacer la comida?

Y Monona, metiéndose en todo, intervino así:

—¡Papá, la tía Lulú gusa mucho mejor que mamá! Perdónala, y dile que se quede.

Don Teodoro fué de la misma opinión, que su estómago predominaba sobre las demás cosas, y aceptó pasar por la humillación de presentar excusas a Lulú, a la que fué a buscar a la cocina,

siguiéndole el resto de la familia, todos llenos de curiosidad.

—No puedo echar a la calle a la hermana de mi mujer. ¡Lulú, hemos decidido que te quedes con nosotros! Puedes seguir viviendo con nosotros como hasta ahora.

Pero Lulú, no dispuesta ya a dejarse pisotear, clamó desesperadamente:



—¡Me repugna vivir con vosotros! ¡Me marcho... me marcho para siempre!

—¡Sí; ya sé por qué me perdonáis!... ¡Por esto! ¡Me brindáis una falsa protección, porque os hace falta mi trabajo! ¡Pues ahora, si queréis comer, os guisaréis vosotros mismos la comida! ¡Con la

idea que tenéis de mí, no podéis perdonarme! ¡Os aborrezco a todos! ¡Me repugna vivir con vosotros! ¡Me marcho... me marcho para siempre!

Y acompañó sus palabras con gestos violentos, desmenuzando contra el suelo tanta vajilla como alcanzaron sus manos.



Sus labios se encargaron de confirmarse su gran amor.

* * *

Y huyó de aquella miserable casa.

Transcurrió un mes, durante el cual el nuevo empleo de Lulú en la panadería de la aldea le proporcionaba el sustento y la libertad...

Y un día, cuando la hora de clase estaba a punto de terminar, Lulú se presentó en la escuela. Los niños, al verla, sonrieron maliciosamente, y uno de ellos, más atrevido que los demás, escribió con tiza en la pizarra:

El maestro ama a L...

No pudo terminar, porque el brazo de Cornish se lo impidió.

Los niños se retiraron, y entonces Lulú, mirando a los ojos al maestro, le dijo, entregándole un papel doblado:

—Esta mañana he recibido esta carta.

Los niños entreabrieron la puerta del colegio, detrás de la cual estaban apostados, y contemplaron al maestro con Lulú.

Mientras, Cornish leía la carta, que decía así:

...He logrado averiguar de una manera que no ofrece duda, que mi esposa vive. De consiguiente, eres libre. Me arrepiento sinceramente del mal que te hice.

Jorge.

A su vez, el maestro miró a Lulú, y escribió en la pizarra:

El maestro ama a Lulú.

¡Lulú me amá a mí!

Ella cogió la tiza, trazó una letra en el hule, y como era una S... Cornish no quiso saber más.

Sus labios se encargaron de confirmarse su gran amor.

Y los chiquillos abrían unos ojos como limones...

FIN

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
EVA MAY*

Prohibida la reproducción.

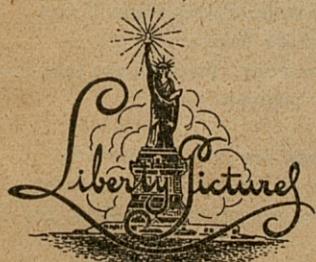
Revisado por la censura gubernativa

Imprenta de la Novela Femenina Cinematográfica.—Barcelona

PRÓXIMO NÚMERO:

*La preciosa novela, versión de la famosa comedia inglesa «PEG O'MY HEART» de J. Artley Manners: *Tin-tin de mi corazón**
Creación de la bellísima estrella Laurette Taylor

Postal obsequio: WILLIAM RUSSELL



|||||||
Concesionario
para España
y Portugal:
S. HUGUET
Provenza 292
Barcelona
|||||||

*La Novela Femenina Cinematográfica
Sale los viernes en toda España - Precio 30 cts.*

AYER APARECIÓ

*el n.º 13 de la original publicación semanal de
Biografías de Artistas de la Pantalla*

LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRÁFICA

*Contiene la biografía de la bellísima estrella
NORMA TALMADGE*

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una lujosa postal

Precio popular:

35 céntimos

SUMARIO del segundo número de
AYER Y HOY

Las chicas del Siglo, por María Luz Morales.

Un ardid sentimental (novela corta), por Berta Ruck

El ladrón (diálogo teatral), por A. Gabriel Monrey

Por los caminos del mundo: Países maravillosos.

Cartas de amor, por H. de Balzac.

Me compré una vez un puro... (cuento), por José Baeza

Sección gráfica: Ocho páginas.

De la vida frívola.

Pequeñas grandes cosas, por José D. Benavides

Página de caricaturas: Suegras y niñas casaderas

Al caer las cadenas (novela cinematográfica), por Antonio J. de la Hoz.

Visitando cines: Pathé-Cinema, por Luis de Montserrat

Modas: Atavíos deportivos, por Amarante

Deportes: Alcántara juzga el actual momento deportivo

Colaboración intelectual: por Gilberto K. Chesterton

Teatros; por José Ponce de León

Cines; por Jorge Montesagudo

Corazones de hielo (novela de aventuras), por James Oliver Curwood

Página infantil - Amenidades - Chistes - etc.

Tal es el sumario del segundo número de

AYER Y HOY

que se pondrá a la venta el próximo

—: martes 13 de Octubre —:

Se publica todos los martes

176 páginas!

40 céntimos!

5